

CRÓNICA PEÑA MONTAÑESA

El pasado sábado 14 de mayo el Club había programado la ascensión a Peña Montañesa, o la Peña, propuesta dirigida por María Emilia.

Como sabéis los que me conocéis llevo pocos años acompañando al Club en sus actividades. Con anterioridad para nada recordaba la silueta de la Peña. Ciertamente que hace un montón de años había estado por el valle del Cinca, cuando mis hijas eran pequeñas, pero te entretenías en otras cosas. Quizá un par de veces para dar una vuelta por Añisclo o Pineta. Desde entonces no había vuelto ni recordaba nada.

Sin embargo, hará unos cuatro años y con ocasión de la ascensión a Castillo Mayor (la segunda que hacía con el Club), llegamos por la noche a Escalona, al Hotel Revestido, para alojarnos la noche previa. Esa tarde-noche y desde allí, tuve por primera vez conciencia de la magnificencia y señorío de la Peña, iluminada a aquellas horas por la luz de la luna, que delimitaba con nitidez su contorno bello, singular, desafiante, altivo y atrayente.

A la mañana siguiente y desde la ventana de mi habitación se ofrecía el esplendor de su silueta cuya cima empezaba el sol a iluminar en los anaranjados tonos del amanecer. Ni que decir tiene que desde ese día quedé prendado de su belleza y enamorado de la Peña. En el desayuno pregunté si su cima era accesible para un mortal como yo, con muy pocas cumbres reseñables en mi nómina, de escasísima preparación, ninguna experiencia pero de ilimitado entusiasmo. No sé si lo recordará, pero justamente fue María Emilia la que me contestó -¡Por supuesto! Pero, dije yo, -¿cómo es eso posible? Si parece inabordable.- A lo que ella, riendo, con su simpatía habitual, dijo- ¡Por detrás! Siempre se sube por detrás-. ¡Bufff! pensé yo, cualquiera sube hasta allí, menudo peñasco. Como si me hubiera leído el pensamiento, añadió -que sí, ya verás, alguna vez subiremos-. Desde entonces cuando vemos o hablamos de algún peñasco inaccesible siempre decimos: ¡lo subiremos por detrás!

Y siempre que volvíamos por allí (para Añisclo, Pineta, Llanos de Lalarri, canal del Cinca, etc) María Emilia me recordaba su promesa. Y se la recordaba también a Sagrario, que desde que la vio también desde el Revestido y con ocasión de uno de los recorridos por Añisclo quedó igualmente prendada.

Pues bien, el momento llegó el pasado sábado, las promesas quedaron cumplidas y las expectativas más que colmadas.

Prescindiré de la descripción de Peña Montañesa. Cualquiera que haya pasado desde Aínsa a Escalona con un mínimo de curiosidad montañera la conoce. Es la cima más alta de la imponente sierra Ferrera,

conjunto montañoso singular, único y majestuoso. Y lo que yo aquí añadiría no sería sino reiteración de lo mucho que se ha escrito sobre ella.

Llegó la mayoría del grupo el viernes por la noche al Hotel Revestido, para cenar y alojarnos. Javier, siempre que vamos por allá, ofrece generosamente su casa para pernoctar y siempre tiene éxito, particularmente entre el público femenino. Cosa que no me extraña porque Javier, con su sincera amabilidad, simpatía, fino, elegante y agudo sentido del humor siempre encandila. Pero esta es otra historia que quizá algún día nos cuente el propio Javier, que se está forjando una leyenda.

Bien descansados y desayunados nos acercamos con los coches a las inmediaciones del Monasterio de San Victorián, donde nos esperaba el resto de la expedición que venían directamente de Zaragoza. En ese momento todavía estaba sin decidir quiénes iban a ascender por la Faja del Toro o por la vía normal. Iniciamos la ascensión por la ruta común para ambas alternativas, en una mañana fresquita, despejada y muy agradable que presagiaba una buena jornada, al menos climatológicamente hablando.

Ascendíamos por senda bien marcada, al cobijo de un bosque de bojs, pinos y encinas. Al poco, a parar para desprenderse de ropa, anticipando la calurosa jornada que íbamos a disfrutar. Continuamos ascendiendo pausada pero sostenidamente, rebasando el bosque, hasta llegar al punto donde la ruta se desdobra para transitar bien por la Faja del Toro, bien por la ruta normal. Duró poco el debate. Los partidarios de ir por la Faja lo tenían muy claro y los de la ruta normal, igual. Se formaron dos grupos, dirigido uno por Domingo y María Emilia y en el otro la dirección fue subcontratada (o externalizada, como dicen los guais) a María Jesús. Y cada uno por su lado, deseándonos mutuamente suerte.

Los de la vía normal formábamos un grupo más modesto que el otro, pero disciplinado, compacto y solvente, de manera que, bajo la firme, flexible, comprensiva y sedosa dirección de María Jesús, culminamos el objetivo. Al poco de iniciar la andadura equivocamos unos metros la dirección. No sorprenderá a nadie que nos equivocamos hacia arriba, faltaría más. El consejo de sabios decidió, acertadamente, volver unos pocos metros sobre nuestros pasos y hacer una pequeña bajada, hasta encontrar una senda a nuestra izquierda, que parecía más apta que otra que veíamos perfectamente delimitada, más arriba y a la derecha, que precisamente fue por la que regresamos. Al poco alcanzamos la pradera y aprovechamos para descansar de la exigente ascensión y comer algo. Repuestos, continuamos ascendiendo, superando una corta, entretenida y resultona trepada hasta alcanzar la parte final de la ascensión, con la cima a la vista, donde hicimos un pequeño descanso. No íbamos deprisa ni apremiados, pero el desnivel era fuerte, el calor apretaba y venía bien un respiro.

La cima la alcanzamos superando una canchalera-pedregal suficientemente señalizada. Me llamó la atención que la única dificultad era superar el desnivel, ya que el firme (por decir algo) de la senda trazada era relativamente estable, y las noticias que tenía eran que el pedregal era duro

e infame. Pero supongo que como el acceso a cualquier cima que se precie. No obstante, insisto, no lo encontré especial o significativamente dificultoso. De hecho y sobre el horario inicialmente previsto por María Jesús sólo nos desviamos diez/quince minutos.

Alcanzar la cumbre fue muy especial, tanto para mí como para Sagrario, como colofón de un sueño hecho realidad, un desafío superado y una promesa cumplida. Las vistas eran increíblemente espectaculares al sur. No hacia el norte, donde una consistente masa de nubes instalada en las cimas que nos rodeaban difuminaban y dificultaban su contemplación. Aún así y con todo, maravilloso.

Tras la sesión de fotos y comer algo nos empezamos a preocupar un poquito por el otro grupo, que a pesar de avisar que tardarían como poco una hora más que nosotros, y estaban cumpliendo el horario, no dejaba de inquietarnos. En eso estábamos cuando vimos asomar, abajo, a Miñana, sonriente y animoso, lo que significaba que en quince minutos aparecería el resto. Lo que así aconteció.

Del regreso, se ocupará la muy laureada pluma de Domingo, en su crónica de la Faja del Toro.

Sólo añadir que fue una jornada de montaña extraordinaria, intensa, exigente y divertida. Desde ahora miro la Peña con otros ojos. Ya me pertenece. Y ya no me lo cuentan.

Saludos a todos.

José M^a Rodríguez Vela, mayo 2016